

“tino sino también las vicisitudes de posición y de las relaciones de la vida, lo que en el curso de su existencia requerirán la necesidad y el deber se convierta fácilmente y en todos los casos posibles “en una segunda naturaleza?”

Yo toco aquí el problema que consiste en hacer de la pequeñita niña, cuando ella lleva aún los vestidos de la infancia, la compañera que contentará al esposo, la valerosa madre que estará á la altura de su misión; yo toco aquí el problema que consiste en formar en el niño, que viste aún traje infantil, el marido que contentará á su mujer, el padre vigoroso que sabrá llenar los deberes de su estado.

¡Qué problema, amigo mío! ¡Hacer que el espíritu mismo de la misión que ellos están llamados á desempeñar se convierta para los hijos de los hombres en una segunda naturaleza! ¡Y qué tarea más elevada aun: hacer pasar á la sangre y á las venas los medios materiales que favorecen las disposiciones nativas á la sabiduría y á la virtud, antes que la efervescencia de los placeres y los libres goces naturales haya llevado á la sangre y á las venas una corrupción profunda, moral, á la sabiduría y á la virtud!

Amigo, este problema ha sido también resuelto. Las mismas leyes del mecanismo físico que desarrollan en nosotros los principios materiales de la sabiduría, desarrollan igualmente los medios materiales que nos facilitan la virtud. Pero, mi querido amigo, no me es posible exponer ahora la solución detallada de esta cuestión; la reservo para otra vez.

CARTA XIII.

AMIGO, me habría llevado demasiado lejos, lo repito, el entrar por ahora, en los detalles de los principios y de las reglas sobre que descansa el cultivo de las *aptitudes* más esenciales de la vida. Mas yo no quiero terminar mis cartas sin tocar una cuestión que es la clave de todo mi sistema: ¿Cómo se relaciona el sentimiento de la Divinidad, en su esencia, con los principios que he reconocido en general como verdaderos con respecto al desarrollo de la especie humana?

Aquí también busco en mí mismo la solución de este problema, y me pregunto: ¿Cómo brota en mi alma la idea de Dios? ¿Cómo es que yo creo en un Dios, que me arrojó en sus brazos, que me siento feliz cuando lo amo, confío en él, le doy gracias, le obedezco?

Yo no tardo en descubrir que los sentimientos del amor, de la confianza, de la gratitud, que la disposición á la obediencia deben estar necesariamente desarrollados en mi corazón antes que yo pueda aplicarlos á Dios. Es menester que yo ame á los hombres, que yo confíe en los hombres, que yo agradezca á los hombres, que yo obedezca á los hombres antes que yo pueda elevarme al amor de Dios, á dar gracias á Dios, á tener confianza en Dios, á obedecer á Dios: “porque el que no ama á su her-

“mano, á quien ve ¿como podrá amar á su padre celestial, á quien no ve?”

Yo me pregunto, pues: ¿Cómo llego yo á amar á los hombres, á confiar en los hombres, á agradecer á los hombres, á obedecer á los hombres?—¿Cómo penetran en mi naturaleza los sentimientos sobre que descansan esencialmente el amor á los hombres, el reconocimiento á los hombres, y las disposiciones por las cuales se desarrolla la obediencia humana? Y yo encuentro que: *ellos tienen su origen principalmente en las relaciones que tienen lugar entre el niño impúbero y su madre*(1).

Es menester que la madre cuide á su hijo, lo alimente, lo ponga en seguridad y lo contente; ella no puede hacer otra cosa, es obligada á ello por el poder de un instinto enteramente físico. Ella hace eso, provee á sus necesidades, aparta de él lo que le es desagradable, viene en ayuda de su impotencia—el niño ha sido cuidado, él está contento: *el germen del amor se ha desarrollado en su corazón.*

Un objeto que él no ha visto nunca todavía hiere ahora su vista: él se admira, tiene miedo, llora. La madre lo estrecha fuertemente contra su corazón, juega con él, lo distrae. Su llanto cesa, pero largo tiempo aun permanecen húmedos sus ojos. El objeto aparece otra vez; su madre lo toma en sus brazos protectores y le sonrío de nuevo. Esta vez él no llora ya, y devuelve la sonrisa de su madre con una mirada límpida y serena: *el germen de la confianza nace en su corazón.*

A cada necesidad del niño, la madre corre á su cuna. Ella está allí á la hora que él tiene hambre,

ella le da de beber cuando él tiene sed. El se calla cuando oye el ruido de sus pasos; él le tiende las manos cuando la ve; sus ojos brillan, fijos en el seno maternal. El se ha satisfecho. Su madre y el contento de haber satisfecho su necesidad se confunden para él en uno solo y mismo pensamiento: *él agradece.*

Los gérmenes del amor, de la confianza, de la gratitud se desarrollan muy pronto. El niño conoce los pasos de su madre, él sonrío á su sombra, él ama á quien se parece á ella; un sér que se asemeja á su madre es para él un sér bueno. El sonrío á la imagen de su madre, él sonrío á la figura humana; á quien la madre ama, ama él también; á quien su madre abraza, él abraza también; á quien su madre besa, besa él también. *El germen del amor á los hombres, el germen del amor fraternal ha brotado en su corazón.*

La obediencia es en su origen una aptitud cuyas tendencias están en oposición con las primeras inclinaciones de nuestra naturaleza física. Ella se forma por la educación. Ella no es simplemente un resultado del instinto, y sin embargo, ella sigue en su desarrollo la misma marcha que el instinto. Del mismo modo que la necesidad precede al amor, la satisfacción de la necesidad á la gratitud, el recelo á la confianza, así también un violento deseo precede á la obediencia. La paciencia se desarrolla antes que la obediencia; el niño no se hace obediente sino precisamente por la paciencia. Las primeras manifestaciones de esta virtud son puramente pasivas, ellas nacen principalmente por el senti-

miento de la dura necesidad. Mas ese sentimiento mismo se desarrolla también primeramente en los brazos de la madre: el niño debe aguardar hasta que la madre le dé el pecho, él debe aguardar hasta que ella lo tome en sus brazos. Mucho más tarde se desarrolla en él la obediencia *activa*, y mucho más tarde todavía, la conciencia real de que es bueno para él obedecer á su madre.

El desarrollo del género humano procede de un anhelo enérgico y violento hacia la satisfacción de nuestras necesidades físicas. El seno maternal tranquiliza la primera tempestad de los deseos físicos y engendra el amor. Muy pronto en seguida aparece el temor; el brazo maternal disipa el temor. Este proceder produce la unión de estos dos sentimientos, el amor y la confianza, y *aparecen los primeros gérmenes de la gratitud*.

La naturaleza se muestra inflexible para las violencias del niño. El golpea la madera y las piedras; la naturaleza permanece impassible, y el niño no golpea más ni la madera ni las piedras. La madre á su vez es inexorable para sus deseos inmoderados. El rabia y grita; ella permanece inflexible, y él entonces no grita más, se habitúa á someterse á la voluntad de la madre: *los primeros gérmenes de la paciencia, los primeros gérmenes de la obediencia principian á manifestarse*.

La obediencia y el amor, la gratitud y la confianza reunidas, hacen brotar en el niño los primeros gérmenes de la *conciencia*. El comienza á sentir, muy vagamente al principio que, *no es justo* rabiarse contra su madre que lo ama. El comienza á sen-

tir vagamente que su madre no está en el mundo *única y solamente para él*. En él se despierta la primera tenue sombra del vago sentimiento de que *no existe todo* en el mundo *para él*, y con este sentimiento nace también este otro: que *el mismo* no existe en el mundo únicamente *para sí*; es la primera y vaga idea del *deber* y del *derecho*, que principia á germinar.

Estos son los primeros rasgos fundamentales del desarrollo de la personalidad. Ellos nacen de las relaciones naturales que se establecen entre la madre y su hijo que cría. Mas también esas relaciones contienen materialmente en germen, toda entera y en toda su amplitud, esa disposición de ánimo que es propia de la naturaleza humana y que nos induce á amar á nuestro Creador. Es decir que el germen de todos los sentimientos religiosos producidos por la fe, es idéntico en su esencia al germen que engendró el amor del infante á su madre. También el modo cómo se desarrollaron esos sentimientos es en ambos casos uno solo y el mismo.

En ambos casos el niño en su más tierna infancia escucha,—cree y obedece; pero á esa edad, y en uno y otro caso, él no sabe lo que cree ni lo que hace. Entretanto las primeras causas que originaban su conducta y su creencia en esa época, principiarán pronto á desaparecer. Su personalidad que principia á desarrollarse permite al niño abandonar entonces la mano de su madre, él principia á adquirir el sentimiento de sí mismo, y brota en su pecho un leve presentimiento: *yo no tengo ya necesidad de mi madre*. Ella lee en sus ojos ese

pensamiento naciente, ella estrecha á su ídolo contra su corazón más fuertemente que nunca, y le dice con una voz que él no ha oído jamás todavía: Hijo mío, existe un *Dios* de quien tú tienes necesidad, cuando tú no tengas ya necesidad de mí; Él es un Dios que te toma en sus brazos, cuando yo no puedo protegerte más; es un Dios que piensa en tu felicidad y en tus alegrías, cuando yo no puedo proporcionarte más felicidad y alegrías.—Entonces se agita en el pecho del niño algo indecible; en el pecho del niño arde un sentimiento sagrado; en el pecho del niño nace un impulso de fe, que lo eleva sobre sí mismo. Tan pronto como su madre pronuncia el nombre de Dios, se regocija de oirlo. Los sentimientos de amor, de reconocimiento, de confianza que han nacido en él sobre el seno de su madre, se ensancha y comprenden luego á Dios tanto como al padre, á Dios tanto como á la madre. La práctica de la obediencia tiene un campo de acción mucho más amplio; el niño, que desde ahora en adelante cree en el ojo de Dios como en el ojo de su madre, obra bien ahora por el amor de Dios, como ha obrado bien hasta aquí por el amor de su madre.

En este primer ensayo tentado por la inocencia maternal, por el corazón maternal *para conciliar por la inclinación á creer en Dios el primer sentimiento de independencia con los sentimientos morales ya desarrollados*, se manifiestan los puntos fundamentales que deben esencialmente tener en vista la educación y la instrucción si quieren alcanzar con seguridad nuestro perfeccionamiento.

Así como *los primeros gérmenes* del amor, de la

gratitud, de la confianza y de la obediencia han sido sólo un simple resultado del concurso de los sentimientos instintivos entre la madre y el hijo, el desarrollo ulterior y progresivo de esos sentimientos en germen pertenece á los hombres y constituye un arte superior; pero un arte cuyo hilo se pierde inmediatamente de nuestras manos tan pronto como perdemos de nuestra vista un solo instante no más los primeros puntos que han comenzado á formar su fino tejido. Esa pérdida es para el niño un gran peligro, y ese peligro es inminente. El niño balbucea el nombre de su madre, la ama, le agradece, confía en ella y la obedece. El balbucea el nombre de Dios, ama á Dios, le da gracias, confía en él y le obedece. Pero apenas han germinado en su alma la gratitud, el amor, la confianza, cuando desaparecen los motivos que han despertado esos sentimientos: *él no necesita más á su madre*. El mundo que ahora lo rodea lo llama con todos los atractivos con que esta aparición nueva seduce sus sentidos: *ahora eres mío*.

El niño oye la voz de la nueva aparición, es necesario que la oiga. El instinto del *impúber* se desvanece en él; el instinto *de las fuerzas que crecen toman su lugar*; y el germen de la moralidad, por cuanto nace en su alma de sentimientos que son propios de la edad infantil, muere repentinamente, él tiene que morir, *si en ese momento nadie ata al huso dorado de la creación el hilo de su vida*, es decir, las primeras impresiones producidas en él por los sentimientos superiores de su naturaleza moral. Madre, madre, el mundo principia ahora á

separar de tu corazón á tu hijo, y si nadie encadena en ese momento los sentimientos de su naturaleza noble á esa aparición nueva del mundo de los sentidos, eso es un hecho consumado: madre, madre, tu hijo ha sido arrancado de tu corazón; el *mundo nuevo* pasa á ser *su madre*, el mundo nuevo se convierte en su *Dios*. *El placer de los sentidos* se hace su *Dios*. *Su propia autoridad* llega á ser su *Dios*.

Madre, madre, él te ha perdido á tí, ha perdido á Dios, se ha perdido á sí mismo. La llama del amor se ha apagado en su corazón; Dios no está más en él; el germen del *respeto de sí mismo* ha muerto en él. Él marcha á la perdición producida por una tendencia irresistible hacia los placeres de los sentidos.

Humanidad, humanidad, aquí, en el período de transición en que los sentimientos de la infancia principian á desvanecerse y dan lugar á las primeras impresiones, que no dependen de la madre, producidas por los atractivos del mundo; aquí, en el momento en que el terreno favorable en que germinan los más nobles sentimientos de la naturaleza humana, principia por primera vez á hundirse bajo los pies del niño; aquí, en la hora en que la madre comienza á no ser ya más para su hijo lo que ella era antes para él, y en que, por el contrario, el germen de la confianza en esa nueva y viva aparición del mundo nace en él,—aquí el encanto de esa nueva visión principia á ahogar y á absorber la fe en su madre, que no es ya para él lo que era antes, y al mismo tiem-

po su fe en ese Dios á quien no ve y á quien no conoce, así como en la naturaleza salvaje las raíces de las malezas, más recias y que se entrelazan fuertemente, ahogan y devoran las raíces de las plantas más nobles, cuya estructura es más fina y delicada.—Humanidad, humanidad, aquí en la época de la vida en que se verifica la separación de los sentimientos de confianza del niño en su madre y en Dios y los de la confianza en ese mundo nuevo que se le presenta y en todo lo que él encierra,—aquí en esta división del camino deberías tú emplear todo tu arte y todos tus esfuerzos para conservar puros en el corazón de tu hijo los sentimientos de gratitud, de amor, de confianza y de obediencia.

Dios reside en esos sentimientos, y todo el vigor de nuestra existencia moral está íntimamente ligado á la conservación de ellos.

Humanidad, humanidad, tú deberías desplegar toda tu habilidad y hacer todo lo posible para suplir la desaparición de las causas físicas que *han hecho germinar* esos sentimientos en el corazón del niño, *para procurarte nuevos medios para vivificarlos, para no dejar llegar á los sentidos del niño que crece, sino asociándolas á esos sentimientos, las seducciones de la nueva aparición del mundo* (2).

Aquí es cuando, por la *primera vez*, no debes confiarle á la naturaleza sino hacer todo lo posible para sustraer al niño de su ciega dirección, y someterlo á las reglas de conducta y á los medios eficaces que la experiencia de siglos ha puesto en nuestras manos. El mundo que aparece ahora á los o-

jos del niño *no es el que Dios ha creado; es un mundo que ha perdido á la vez la inocencia de los placeres de los sentidos y los sentimientos que constitufan el fondo de su naturaleza, un mundo lleno de guerras causadas por los intereses del egoísmo, lleno de absurdos, de violencias, de orgullo, de mentira y de frude.*

No es el mundo creado primeramente por Dios, sino ese otro mundo el que atrae á tu hijo á las giratorias ondas agitadas del remolino en cuyos abismos habitan la indiferencia y la muerte moral.— No la creación de Dios, sino la coacción y el arte con que obra su propia perdición es lo que ese mundo ofrece á la vista del niño.

¡Pobre niño! tu mundo es tu *pieza de habitación* (3). Mas tu padre es retenido en su taller; tu madre hoy tiene penas, mañana tendrá visitas, pasado mañana no estará de humor. Tú te fastidias; preguntas á tu niñera, ella no te responde; quieres salir á la calle, ello no se te permite; entonces te vez reducido á disputar por un juguete con tu hermana.— ¡Pobre niño! ¡qué cosa tan triste es este tu mundo, sin corazón y que corrompe el corazón! Mas si te paseas en carro dorado á la sombra de los árboles, ¿es él por esto otra cosa mejor para tí? Tu aya engaña á tu madre; tú sufres menos, pero te vuelves peor que todos los que sufren. ¿Qué has ganado? Tu mundo es para tí una carga más pesada que para los que sufren.

Este mundo se ha adormecido tan bien en la depravación de una educación y de una opresión antinaturales que él no tiene ya el menor sentimiento

de los medios para conservar en el pecho del hombre la pureza del corazón. Por el contrario, en el momento más crítico, como la madrastra más sin corazón, abandona la inocencia del hombre á una incuria que, en cinco casos por uno, *decide y debe decidir* sobre la ruina de los últimos medios que pueden emplearse en el perfeccionamiento de la especie humana. Pues el mundo, en efecto, aparece en toda su novedad á los ojos del niño en la época precisa en que nada, absolutamente nada viene á servir de contrapeso á la preponderancia, á la seducción exclusiva de las impresiones que él produce en los sentidos. Así, por una parte, el predominio y, por la otra, la vivacidad de las impresiones producidas por el espectáculo del mundo, le aseguran una superioridad decisiva sobre las *impresiones* producidas por los hechos de la *experiencia* y por los *sentimientos* que *son la base* de la educación intelectual y moral de la especie humana. Por este medio se abre pues un campo inmenso é infinitamente animado á las pasiones egoístas y degradantes. Mas el niño pierde al mismo tiempo la disposición de ánimo en cuya preparación material se fundan las fuerzas más importantes de su moralización é ilustración, fuerzas que *cierran*, por decirlo así, la estrecha puerta del mundo moral. En fin, todos los deseos físicos de su naturaleza están obligados á tomar una dirección que separa la *senda de la razón de la del amor; el cultivo del espíritu, de la inclinación á la fe en Dios; que hace más ó menos de su interés personal el único móvil del empleo de sus fuerzas y decide así de los resul-*

tados de su educación en favor de su propia perdición.

Es inconcebible que la humanidad no conozca *esa fuente universal de su corrupción*. Es inconcebible que *no sea la preocupación general de su arte el cegar esa fuente y someter la educación de nuestra especie á principios que no destruyan la obra de Dios que los sentimientos del amor, de la gratitud y de la confianza desarrollan en el niño*. Esos principios deberían tender, por el contrario, en esa época tan perniciosa para nuestra inteligencia y nuestro corazón, á favorecer los medios que Dios mismo ha dado á la naturaleza humana para asociar *nuestro perfeccionamiento intelectual á nuestro mejoramiento moral*. Esos principios deberían procurar poner en armonía, en general, la educación y la instrucción, *por una parte, con las leyes del mecanismo físico, según las cuales nuestro espíritu se eleva de las intuiciones oscuras á las nociones claras, y por otra parte, con los sentimientos íntimos de nuestra naturaleza; por medio de cuyo desarrollo progresivo se eleva nuestro espíritu al reconocimiento y respeto de la ley moral*. Es inconcebible que la humanidad no se haya elevado hasta llegar á *instituir una serie gradual y continua que comprenda todos los medios para desarrollar nuestra inteligencia y nuestros sentimientos*. El objeto de esa serie debería ser esencialmente fundar sobre la conservación de la perfección moral las ventajas de la enseñanza y del mecanismo de ésta; impedir, por la conservación de la pureza del corazón, que la razón se extravíe y

se pierda siguiendo exclusivamente el interés personal, y sobre todo *subordinar* las impresiones físicas á nuestras convicciones; nuestros apetitos, á nuestro amor al bien, y nuestro amor al bien, á nuestra voluntad rectamente dirigida.

Las razones que exigen esta subordinación se estriban en el fondo mismo de nuestra naturaleza. A medida que se desarrollan nuestras fuerzas físicas, debe desaparecer su *preponderancia* en fuerza de las necesidades esenciales de nuestro perfeccionamiento, es decir, ellas deben *subordinarse* á una ley más elevada. Mas es menester asimismo que cada progreso de nuestro desarrollo sea completamente *perfecto*, antes que pueda llegar el caso de *subordinarlo* á fines más elevados, y esta subordinación de *lo perfecto* á *lo perfectible* exige también ante todo que retengamos siempre firmemente en el espíritu *los principios elementales* de todos los conocimientos, y que avancemos gradualmente conservando siempre la *continuidad más estricta*, de esas *nociones elementales* á los *últimos fines* que se trata de alcanzar. Mas la primera ley de esa continuidad es ésta: que la primera enseñanza del niño no sea jamás un *asunto de la cabeza*, no sea nunca un *asunto de la razón*—que ella sea siempre una cosa de los sentidos, que ella sea siempre una *cosa del corazón*, una *cosa de la madre* (4).

La segunda ley que sigue es ésta: la enseñanza del hombre pasa *sólo lentamente* del ejercicio de los *sentidos* al ejercicio de la *razón* (5); ella permanece *largo tiempo* siendo una *cosa del corazón*, an-

tes que principie á ser *cosa de la razón*; ella permanece largo tiempo *un asunto de la mujer*, antes de comensar á ser un asunto *del hombre*.

¿Qué más puedo decir?—¡Madre, madre! Con estas palabras me conducen á tu mano las leyes eternas de la naturaleza.—Yo no puedo conservar mi inocencia, mi amor, mi obediencia; yo no puedo conservar las ventajas de los nobles sentimientos sobre las impresiones nuevas producidas por el mundo, *nada, nada* puedo conservar *sino á tu lado*. Madre, madre, si tienes todavía una mano protectora, si tienes todavía un corazón para mí, no me dejes que de tí me aparte; si nadie *te ha enseñado* á conocer el mundo como yo debo conocerlo, *ven, juntos aprenderemos á conocerlo*, como tú deberías haberlo conocido y como yo debo conocerlo. Madre, madre, en ese momento crítico en que yo corro peligro de ser apartado de ti, de Dios, de mí mismo por la primera aparición del mundo, *no nos separemos*.

—¡Madre, madre, *santifica ese momento de transición entre tu corazón y ese mundo, conservándome tu corazón!* (6)

Caro amigo, debo callar, mi corazón se conmueve y yo veo las lágrimas en tus ojos. ¡Adiós!

CARTA XIV.

Amigo, continúo pues mi camino, y me pregunto: ¿qué he hecho yo para contarrestar también, con respecto al punto de vista de la religión, los males que me han sobrevenido en el curso de mi vida?—Amigo, si mi método da en esto satisfacción á las necesidades del género humano, su valor sobrepasa aun las esperanzas que yo he fundado en él. Y él da esa satisfacción (1).

El germen del cual nacen los sentimientos que son la esencia de la religión y de la moral, es precisamente el mismo de que proviene el principio que sirve de base á mi método de enseñanza. Ese método procede enteramente de las relaciones naturales que se establecen entre el infante y su madre, y se basa principalmente en el arte de referir la enseñanza, desde la cuna, á las relaciones naturales y de fundarla por una acción continua en la misma disposición de ánimo en la cual se estriba nuestro amor al Creador de nuestro sér. El lo hace todo para impedir que, en el momento en que por primera vez se rompen los lazos físicos que unen el niño á la madre, perezca el germen de los sentimientos nobles que nacen de esa unión. Cuando apenas desaparecen las causas físicas de esa unión, él trae á la mano medios para hacerla revivir. En ese momento de sumo interés en que el niño hace distinción, por vez primera, entre los sentimientos de confianza